Integración Cultural de Extremadura

(Aproximación a su estudio desde la perspectiva teórica de la psicología social)

ANTONIO VENTURA DÍAZ DÍAZ

Para que un pueblo, como el extremeño, sea respetado por el conjunto de los pueblos de España y pueda conseguir su proyección en el ámbito europeo, tiene que respetarse así mismo, sabiendo que su propia integración cultural, a pesar de las dificultades del proceso, incide de forma determinante en el desarrollo social, económico, político, educativo y muy especialmente en la proyección externa de Extremadura, fortaleciendo los valores de la dignidad, unidad y cohesión social, fundamentales para alcanzar los objetivos que marcarán nuestro futuro.

INTRODUCCIÓN

El desarrollo de este trabajo sobre la Integración Cultural de Extremadura tiene tres ejes temáticos: En el primero se plantean los antecedentes históricos, a modo de síntesis, queriendo alcanzar el conocimiento de los elementos más importantes del proceso histórico de integración territorial, social, económica, política y correlativa integración cultural.

El segundo apartado desarrolla las dificultades del proceso, incidiendo especialmente en el tiempo precedente de la realidad actual de Extremadura. Tanto el primer apartado como el segundo no tienen pretensiones historicistas o cronológicas, referentes que utilizamos solamente como ejemplos para apoyar la reflexión o la argumentación que se explicita en cada momento, para alcanzar el objetivo de conocer con la mayor profundidad posible el proceso de integración cultural de Extremadura.

En el tercer apartado se plantea el desarrollo del concepto de integración cultural y su incidencia determinante en el desarrollo social, económico, político, educativo y muy especialmente en la proyección externa de Extremadura, sabiendo que Extremadura con Instituciones propias, con Autonomía, tendrá más o menos fortuna, más o menos posibilidades, quizás no consiga satisfacer todas las expectativas que teníamos puestas en el proceso de autogobierno, pero

reconociendo inmediatamente después (radicalmente diría yo) que Extremadura, sin el proceso de autogobierno que ha ido desarrollándose, en esta última década, estaría en peores condiciones, con respecto a cualquier tipo de valoración, que se pudiera realizar, en el día de hoy.

El historiador norteamericano Richar Herr, desde hace diez años, se pregunta por el "Concepto de Identidad de Clase y Nación en el Mundo Contemporáneo".

"Una idea, se responde: "Que procede del Estado Democrático del siglo XVIII cuando se establecen las categorías de individuos y comunidad y se abolen todos los estamentos intermedios. El nazismo quiso eliminar todo lo que no fuera la nación alemana y en la Rusia Soviética solo podía existir una clase social. La Democracia americana buscaba que no hubiera identidades distintas. Todos tenían que ser norteamericanos".

"Y ese era, precisamente, el objeto de la lucha por los derechos civiles de los negros en los años 60, pero ahora los negros o los chicanos dicen: No queremos ser blancos" y continuaba diciendo: "En España ocurre algo semejante ¿Como ser catalán y español al mismo tiempo?". Y contestaba así "Reconciliar estas dos identidades es el desafío de la Democracia".

Es el propio Herr quién nos sitúa ante esta optimista perspectiva: "En el siglo XXI es posible que los demás países de Europa miren a España para resolver sus problemas nacionales". En su opinión, España, a través del proceso de Autonomía busca una solución más inteligente (a pesar de las tensiones) para este problema que otros países.

Quería apoyar con esta cita del historiador norteamericano, la importancia que tiene esta temática, importancia que se puede explicar por su propia complejidad y por la cantidad de factores o elementos que hay que conjugar a la hora de definir la integración cultural de Extremadura.

Se pretende dar forma a un fondo cultural real y diverso, con un acervo riquísimo desde cualquier análisis: Histórico, social, económico, artístico, antropológico y político. En definitiva, se trata de crear el status-referencial-soporte, que otorgue carta de naturaleza a una sociedad integrada culturalmente, con las características diversas que se quieran, pero integrada culturalmente, única forma, desde mi perspectiva, de poder hablar de una sociedad integrada desde el punto de vista político, social, incluso económico, y solidario.

El tema que abordamos en este trabajo, como es obvio, puede extenderse considerablemente, sobre todo si se pretendiese diseccionar cronológicamente la historia de Extremadura, en todas sus vertientes, desde la perspectiva sociológica

o de la psicología social. Por esta razón, tenemos que acotar necesariamente la panorámica.

Pretendemos acercarnos a esquemas objetivos, didácticos, globales y cercanos, debiendo precisar que en su desarrollo y exposición cabrán a veces valoraciones subjetivas y sesgadas, en tanto en cuanto se plantean desde una visión personal, y con la parcialidad que supone asumir de forma conceptual y reflexiva, la pertenencia y la identidad cultural de Extremadura.

Y con la parcialidad además de defender una valoración y análisis de nuestra región, todo lo crítico que se quiera, del ayer, del hoy y del mañana, incluso haciendo sangre en nuestra conciencia y sensibilidad, pero siempre con un sentido vital y positivista de la realidad de Extremadura, que no se debe confundir, en ningún caso, con voluntarismo.

Pues no se puede establecer como principio válido el determinismo o fatalismo a la hora de hacer cualquier análisis de nuestra región. Llegaríamos al mismo fracaso que llegaron las teorías que defendió Américo Castro, en el sentido de que España estaba atrasada por una causa natural, poco menos que por su carácter nacional.

SÍNTESIS DEL PROCESO HISTÓRICO DE VERTEBRACIÓN DE EXTREMADURA

Cuentan los historiadores que de aquel término "Extremadura", que designaba una gran extensión que marcaba la frontera de la Reconquista al sur del Sistema central, derivó la palabra Extremadura, para nombrar un territorio que en líneas generales coincidía con lo que es hoy nuestra región, que lógicamente ha ido ajustando sus límites territoriales con el transcurso del tiempo, pero que siempre tuvo su encaje entre el Sistema Central y Sierra Morena, como definidores naturales de su espacio vital.

Extremadura era así reconocida por el resto de comunidades sociales de la Península Ibérica, pero no sólo como región física. Como bien escribió Bonifacio Palacios, Extremadura designaba "la realidad social de un territorio que culmina un proceso de autoidentificación al adquirir conciencia plena de si misma, como algo distinto a las demás regiones españolas".

En el siglo XVIII, la entonces Provincia de Extremadura se dota de una Intendencia, con capital en Badajoz y de la Real Audiencia de Extremadura, con sede en Cáceres y fue en el siglo XIX cuando se consumó la división provincial de la región extremeña, lo que sin duda fue un obstáculo para el logro de la necesaria cohesión regional.

De todas formas, la administración no ha podido imponerse a la historia y al sentimiento colectivo y, por encima de las provincias, siempre se ha concebido a Extremadura como una entidad social y territorial superior, dotada de personalidad propia, aunque durante más de un siglo esa realidad no haya tenido su correlato administrativo y jurídico, hasta que la Constitución de 1978 y el posterior desarrollo autonómico han vuelto a dar reconocimiento legal a un hecho histórico y sociológico real.

Hay que destacar que, aunque desde 1833 a 1978 Extremadura dejase de existir como ente jurídico, siempre fue considerada como región, no sólo por los extremeños, sino también por el resto de los pueblos de España.

Por ello, ya en los primeros esbozos de Estado Federal que en el siglo XIX los republicanos propugnaron para España, se contemplaba Extremadura, en su actual definición territorial, como uno de los estados miembros. Asimismo, a lo largo del siglo XX, la realidad de la región extremeña ha estado presente en todos cuantos proyectos de organización territorial de España se han abordado, hasta la constitución en 1983 de la Comunidad Autónoma de Extremadura, dotada de Estatuto de Autonomía propio.

La gran extensión territorial de Extremadura conlleva una gran variedad en el relieve extremeño, lo que combinado con la presencia de importantes ríos hace que la diversidad paisajista sea una de las características de la región. En Extremadura tenemos desde alta montaña a tierras prácticamente al nivel del mar, pasando por extensas penillanuras. Montes y ríos configuran valles recónditos con una personalidad muy acusada. Los grandes espacios llanos son magníficos corredores de comunicación abiertos a todas las influencias.

Esta diversidad geográfica lleva consigo la diversidad climática, con zonas subclimáticas bien diferenciadas. La distinción entre la Extremadura verde y la Extremadura seca es una realidad palpable. Variedad de relieve, de ríos, de clima, de suelos, de recursos naturales, en suma, determinan una variedad de ocupaciones, de demografía, en el urbanismo, en la arquitectura, las tradiciones, las costumbres, la estructura socioeconómica, la lengua, etc., ...

Variedades y contrastes que aportan una gran riqueza a la cultura común que los integra, determinando unas formas culturales que verdaderamente son definidoras de Extremadura.

Otro elemento cultural de primer orden para definir Extremadura es su carácter secular de región fronteriza. Parece existir consenso entre historiadores y lingüistas a la hora de decir que el nombre de Extremadura tuvo originariamente el significado de frontera. Lógico es pensar así cuando sabemos que Extremadura

fue creciendo con los límites de la reconquista, siendo sus tierras fronteras permanentes y móviles entre árabes y cristianos.

Conquistada Sierra Morena y Andalucía, así como toda Castilla, Extremadura dejó de ser frontera al sur, pero la frontera del oeste, la de Portugal, pervivió y sigue presente en nuestros días, aunque ahora con la esperanza de que sea diluida por la Unión Europea. En tal sentido, ser región fronteriza durante tantos siglos ha conferido a Extremadura unas características propias. La frontera es zona de separación, pero también de encuentro. Si por un lado, la frontera ha sido ocasión de guerras frecuentes, con la carga negativa que ello conlleva, también ha sido motivo de convivencia cultural y trasvase interdireccional de influencias. Por ello, en la cultura extremeña son patentes los influjos de los árabes y también, de los judíos. En Extremadura supieron convivir las tres grandes culturas monoteístas y con su integración se enriqueció la cultura extremeña. Enclaves significativos de esta convivencia son lugares como Hornachos o Hervás, entre otros.

Y por supuesto, la relación histórica con Portugal, a través de la frontera, ha posibilitado una transmisión biunívoca de elementos culturales, que ha hecho que los extremeños tengamos algo de portugueses y los portugueses algo de extremeños. No hace falta siquiera recurrir al ejemplo de Olivenza para atestiguarlo.

Lo que podríamos llamar "la fronteridad" determina una clara seña de identidad para Extremadura, de la cual además los extremeños siempre han tenido conciencia. No olvidemos que la frontera es lo extremo, lo que está alejado del centro y un poco dejado de la mano de Dios. Ser frontera a veces ha conllevado una valoración negativa que los extremeños han percibido y asumido en su inconsciente colectivo, cuando se han sentido abandonados e infravalorados por los poderes centrales dominantes.

El territorio y sus fronteras configuran el espacio vital en el que se ha desenvuelto la cultura extremeña. Y de estos elementos derivan dos de sus más significativas características: por un lado, la riqueza de contrastes y diversidades. Por otro, la capacidad de síntesis e integración con influjos provenientes de otras culturas.

Junto con el territorio y su carácter fronterizo, la estructura socio-económica que secularmente ha operado en Extremadura le da a esta región muchos de los elementos culturales que sirven para identificarla. Cualquiera que conoce Extremadura sabe que todo lo extremeño, su economía y su sociedad, su cultura en suma, hunde profundamente sus raíces en siglos de agricultura y ganadería.

Las estructuras agrarias y ganaderas y las formas de vida que suponen han determinado en gran manera el carácter de la región y los comportamientos individuales y sociales de sus habitantes. Agricultura y ganadería definen una Extremadura rural que participa de dos circunstancias fundamentales de la cultura extremeña que pudieran parecer hasta paradójicas: una es que Extremadura es tierra de fenómenos migratorios de gran volumen. La otra es la realidad de la región como un lugar permanente de encuentro cultural.

Volviendo al campo extremeño, la ganadería preponderante en amplias zonas de Extremadura, la ovina, participaba de las citadas dos características fundamentales de la cultura extremeña: definir un hecho migratorio y constituir un vehículo de encuentro y comunicación cultural.

Y ello es así por la acción continuada durante siglos de la Mesta, que si bien económicamente en Extremadura sirvió para adinerar a las órdenes militares y empobrecer al pueblo llano, en lo cultural compuso un fenómeno de gran trascendencia. La trashumancia de ganados estableció un sistema de emigraciones cíclicas anuales en el que nuestros campos y dehesas han sido lugar de encuentro de asturleonés, castellanos, riojanos y extremeños, unidos por unas formas culturales comunes derivadas de su labor ganadera.

Las cañadas reales, aparte de caminos para el ganado, han sido vías de comunicación cultural, por dónde han transitado de norte a sur, y viceversa, sabores y costumbres de toda índole, en un movimiento que ha servido para enriquecer las diferentes culturas puestas en contacto, que han asumido elementos unas de otras.

Extremadura siempre ha sido una región de poca población, como corresponde a unas estructuras económicas que han mantenido empobrecida a esta Comunidad. Ya desde los primeros tiempos de la Reconquista, esta zona de frontera fue poco repoblada, pues por entonces las tierras ganadas a los pueblos árabes eran muchas y no se contaba con masa poblacional suficiente para una repoblación mayor.

Por otro lado, los suelos, en algunas extensiones considerables no demasiados fértiles, el clima duro y los irregulares regímenes pluviométricos y las formas de propiedad de la tierra instauradas, provocadoras de modelos latifundistas que han perdurado, la inevitable dedicación a la ganadería de muchas de estas tierras, la falta de grandes núcleos de población, hicieron que la región permaneciera despoblada y que la emigración haya sido un fenómeno consubstancial a la región extremeña y desde luego una de sus señas de identidad.

Como respuesta a la pobreza, la imposibilidad de subsistir dignamente en su tierra, los extremeños emigraron con la esperanza de obtener mejores formas

de vida. Y en América encontraron la mejor oportunidad de su historia para protagonizar unos hechos de trascendencia universal. Aunque hay que seguir insistiendo en recordar que Extremadura no es sólo la patria de los grandes conquistadores, sino también cuna de miles y miles de extremeños que, cada cual desde su trabajo y el propósito que los llevó a América, transmitieron su cultura y asumieron elementos de los pueblos americanos con los que establecieron relaciones.

El influjo extremeño, que también fue vehículo de transmisión de la cultura española y aún europea de entonces, se plasmó en todos los órdenes de la sociedad hispanoamericana que se fue desarrollando a partir del Descubrimiento, a través del comercio, de las relaciones sociales, de la concepción urbanística, de las ideas morales y religiosas. Hay una cita del profesor Pizarro, de la Universidad de Extremadura, sobre Fray Francisco de Coria, en su "Descripción e Historia General de Extremadura (1606)", donde evocaba, por primera vez, la empresa americana, como base de extremeñidad, por ello, también podemos afirmar que la identidad cultural extremeña puede definirse por su universalidad.

El descubrimiento del inmenso continente americano supone desde el tópic y la realidad, el momento donde Extremadura alcanzó su mayor proyección.

Pero, sin duda, la emigración más importante producida en Extremadura, sobre todo en cuanto a su volumen, fue la acaecida en la década de los sesenta de este siglo presente, durante la cual la población extremeña se redujo dramáticamente. Resultó una sangría social de la que todavía hoy vivimos sus efectos y condiciona el presente de la región en muchos aspectos.

Y es ilustrativo y esclarecedor el hecho de que esta región, a la que tantas veces se le negó su identidad cultural, salieron unos hombres y mujeres que en sus forzados exilios han luchado por mantener sus características grupales, para diferenciarse, sin renunciar por ello a integrarse, en otras culturas, algunas muy diferentes a la nuestra y casi siempre con características de culturas urbanas.

En este contexto, se inscribe el movimiento creador de casas regionales, extendidas por España y el extranjero, en las cuales los emigrantes extremeños han dejado constancia de su conciencia de pertenencia al pueblo extremeño, a la que no quieren renunciar.

Es de notar que las corrientes regionalistas, magníficamente estudiadas por el profesor García Pérez asumieron siempre el marco político de España como Estado-Nación y ante ella reivindicaron la corrección de la marginación secular de Extremadura como región periférica y abandonada por los poderes políticos

y económicos centrales. Los regionalistas del siglo XIX y de la primera parte del XX pidieron al estado que gobernara bien, sin discriminaciones lesivas para Extremadura.

Tuvo que llegar la Constitución de 1978 y el proceso autonomista para que los extremeños se decidieran a gobernar por si mismos una gran parte de los asuntos que marcan su vida social. Este proyecto de autogobierno ha servido para despertar en el pueblo un sentimiento consciente de su propia identidad cultural, que había estado como aletargado en las capas populares durante muchos años.

Y la verdad es que ya estamos en el camino, en el sentido Machadiano. Hace unos años, el Centro de Investigaciones Sociológicas editó el libro: "Regionalismo y autonomía en España", en base a un estudio de distintas encuestas de campo realizadas en Extremadura de donde sacamos esto datos de suficiente significación:

"La autonomía en Extremadura conlleva un regionalismo reivindicativo desde el punto de vista económico y mejora social de su población".

"El pueblo extremeño tiene conciencia de que los elementos que mayor entidad diferenciadora tienen con respecto a otros pueblos es el poco desarrollo de su economía, rasgo que va acompañado por la cita constante de la abundancia de sus recursos económicos".

"Un 75% de la población extremeña se consideran satisfechos de vivir en Extremadura, suponiendo tales datos que ha terminado la época de la FUERTE EMIGRACIÓN Y QUE LA POBLACIÓN EXTREMEÑA va a iniciar un periodo de mayor estabilidad demográfica".

"Los extremeños tienen una imagen muy clara de los límites de su propia región y mantienen con toda precisión las distancias subjetivas que les separan del resto. Lo que supone un fuerte sentimiento de pertenencia".

Existe la clara consecuencia de que: "Han sido las demás regiones de España las que se han beneficiado a costa del propio esfuerzo de la región extremeña sin contrapartida alguna".

El estudio concluye con respecto a la identidad regional en Extremadura con las siguientes referencias: "Extremadura es una región que quizás representa un caso único en la sociedad española desde el punto de vista del fenómeno regional. Pese a estar constituida por dos provincias, la identidad regional está completamente a salvo, tanto de los extremeños de dentro como de los que viven en otras regiones de España o en otros países".

“En cualquier caso, el referido estudio indica en cuanto a expectativas del desarrollo, un reforzamiento de la identidad regional del pueblo extremeño desde su rotundo sentido de identidad y pertenencia a España”.

DIFICULTADES DEL PROCESO DE INTEGRACIÓN DE EXTREMADURA

La evolución de la situación social dejó marcada a Extremadura en el siglo XVII, con su colorario de una disminución progresiva de población, crisis agrícola y ganadera, la incontrolable influencia de la “Mesta” y de las Órdenes Militares, de las corrompidas oligarquías autocráticas que controlaban los poderes locales y el endurecimiento del Régimen Señorial.

Es una realidad que se ve agravada durante el final del siglo XVII con las guerras fronterizas con Portugal. Se puede considerar con Solano Figueroa: “Como Extremadura habrá de ser broquel de tanto golpes”, siendo causa de una decadencia más lamentable que las emigraciones a Indias o los Tercios de Flandes. Desaparecieron más de cuarenta pueblos, quedando el País mermado y empobrecido.

Tanto es así, que no es extraño que en el mismo siglo se afianzase la idea de una Extremadura como “una Región desierta de gente y de civilización”, lo cual se convertiría en tópico en algunos escritores del siglo XVIII, acentuado por la Guerra de Sucesión, que dejó a Extremadura expuesta a las contingencias de una frontera en armas.

En el siglo XVIII, Extremadura llegó a contar con 428.000 habitantes y el porcentaje del sector nobiliario había descendido al 1%, aumentando el contraste entre el Latifundismo y el número de pequeños propietarios. El de jornaleros alcanzaba del 50 al 75%.

La nobleza seguirá siendo el estamento más poderoso de Extremadura, condicionando su influencia la situación de todo el siglo XVIII, XIX y principios del XX.

Sin embargo, se muestran nuevos elementos de análisis a partir de este siglo, en que aparecen los nobles absentistas que vivían en la Corte y dejaban de administrar por sí mismos sus gruesos patrimonios. Por el contrario, la baja nobleza residía en la región, administraba por sí misma sus patrimonios y su influencia en la vida local se hacía presente a cada paso, en contraposición a la lejana autoridad de quien gobernaba por medio de sus Alcaldes mayores o de sus administradores, según los casos.

El escritor extremeño Meléndez Valdés, en 1790, en la inauguración de la Real Audiencia de Extremadura decía: "Todo está por crear en ella y se confía hoy a nosotros sin población, sin agricultura, sin caminos, industria ni comercio. Todo pide, todo solicita y demanda la más sabia atención y una mano reparadora y atinada para nacer a su impulso y nacer de una vez sobre principios sólidos y ciertos que perpetúen para siempre la felicidad de sus hijos y con ella nuestra honrosa memoria".

Gregorio de Salas, en el siglo XVIII, en forma poética, definía así nuestra región:

Espíritu desunido
 anima a los extremeños
 jamás entran en empeño
 ni quiere tomar partido
 cada cual en sí metido
 y contento en su rincón
 aunque es hombre de razón
 vivo ingenio y agudeza
 vienen a ser por pereza
 los indios de la nación.

Ni siquiera un movimiento cultural y filosófico, de tanta trascendencia política, como la Ilustración, para los acontecimientos de la época, pudo aliviar la situación con su nueva concepción de la producción agraria o con sus ideas renovadoras que instaban al cambio social. La nobleza, a cuyos miembros se debió el impulso ilustrado y reformador, en otras partes de España, vivía en Extremadura cerrada sobre sí misma, formando estrechas oligarquías familiares, que monopolizaban el poder local.

La propaganda ilustrada apenas penetró en Extremadura. A ello colaboraron los Obispos ultramontanos que ocupaban las tres Diócesis Extremeñas, reaccionando junto con los nobles ante las peligrosas novedades de un siglo que caminaba lenta, pero implacablemente hacia la liquidación del antiguo régimen.

La situación en que se encuentra el campesino y jornalero extremeño nos la describe certeramente Antonio Ponz: "Ningún hombre trabaja, ni puede trabajar con ahínco, si no le anima alguna esperanza de medrar, o por lo menos, de dar el preciso sustento a su familia y persona. La que estos infelices jornaleros tienen es de valer menos cada día y de irse reduciendo a términos de que entrando en cuentas consigo mismo hallan que la mendicidad es preferible a su mísera constitución".

“A estos males acudirá el gobierno mandando recoger tanta gente mendiga inútil o pernicioso. Unos se destinarán a casa de piedad, otros serán castigados, algunos tímidos se irán del reino, o por no perder su libertad o por ver si encuentran mejor suerte, pero ninguno de ellos volverá jamás a las labores del campo”.

La situación límite viene marcada por la despoblación de ciertas comarcas, mientras otras subían demográficamente, llegando a la disminución de vecinos o extinción casi absoluta de ellos. En este caso, despoblación lo debemos entender como sinónimo de los movimientos migratorios, que marcan la ruta del hambre en Extremadura. Confirmando este argumento, en un memorial extremeño se cita: “La de Extremadura que por su fertilidad debiera ser de las más bien pobladas solo tiene cuarenta y cinco vecinos en cada legua cuadrada”.

Y afirma: “Esta no es población de un terreno de los más fértiles de España, es en sí el grado inmediato de su disolución y puede racionalmente temerse que cualquier calamidad pasajera la deje desierta”.

Nuestro poeta Meléndez Valdés vuelve a clamar: “ ¡Su población cuan pequeña es! ¡Cuan desacomodada, con la que puede y debe mantener! Cuatrocientas cincuenta mil almas esperan de nosotros su felicidad”.

Existen citas reiteradas sobre tan desolada situación de personajes realmente influyentes. El hacer algo para su solución parece ser que lo dejaron para mejor ocasión o realmente era imposible. Campomanes, en un informe, hace suyo un párrafo que resulta de indudable dramatismo: “ La agricultura que es el fermento de la vida, es en Extremadura la guadaña de la muerte”.

De una u otra forma, nos pone en la evidencia de una situación de la enorme masa campesina extremeña, que sobrevive a duras penas sometida a un modo de producción feudal. Tal situación encarnaba el campo extremeño que consigue suscitar el propio clamor de Campomanes sobre los efectos perniciosos que ejercía el régimen señorial. A los gastos ordinarios, como el precio de los arrendamientos o el impuesto de las cargas fiscales, hay que añadir los señoriales (diezmos y otros derechos). Cargas que llegaban a ser insoportables, desterrando al campesino de su lugar de residencia.

Se nos ofrece desde cualquier ángulo de análisis una situación tan paradójica, que parece imposible admitir que nuestro pueblo tuviese que vivir sumido imperiosamente en tales circunstancias, en pleno siglo XVIII y XIX. No sabemos que fuerzas se dispusieron para que, al menos, un respiro de alivio sacudiese a sus gentes, a las que se les negaba la propia subsistencia y una mínima educación.

Mientras el mundo asistía a la aparición y desarrollo del racionalismo y las ideas ilustradas sentaban las bases de un nuevo orden social, político y económico, desde la propia dignificación del hombre y de las leyes de la naturaleza para acabar con el antiguo régimen, un informante de la audiencia de Extremadura escribía: "Parece increíble que un pueblo de esta circunstancia no haya dotado escuela de primeras letras, ni que en él se haya tratado seriamente este punto". Síntesis plástica y dramáticamente real de lo que debía producir una sociedad tradicional que resiste en el tiempo y que en parte coincide con los elementos de definición de Rostow: "Económicamente, es una sociedad cuya producción es limitada y ligada a caprichos meteorológicos. Socialmente, una sociedad jerarquizada con escasa movilidad vertical, donde la autoridad proviene, sobre todo, de la propiedad de la tierra".

Políticamente, los poderes centrales se imponen difícilmente a los locales. Y con un rasgo dominante desde el punto de vista psicológico, la ausencia de espíritu científico y más aún de relación entre ciencia y aplicación, aflorando en tales sociedades actitudes fatalistas con respecto a la naturaleza y a la vida.

Aparece la figura del cacique. Rodríguez Amaya en "El caciquismo Extremeño" escribe una cita de Martín Rodríguez, - Procurador Síndico de la Villa de Medellín: "Llega a V.M. no a vindicar sus particulares intereses, sino a defender todo aquel pueblo afligido con las usurpaciones y violencias de un poderoso, de un dominio ilimitado sobre los oficios de justicia y caudales públicos, más que de particular ha ejercido la forma de un tirano poderoso".

La iglesia en Extremadura al tener en conjunto los mismos intereses económicos no reaccionó con actitudes, que atenuasen los graves desequilibrios impuestos por el sistema social. Al legitimar el sistema, el silencio fue la norma de actuación ante toda clase de atropellos que se cometían. El que tenía que asegurar ciertos intereses no tenía más remedio que defender a quien le pudiera defender esos intereses.

Gonzalo Anes escribe: "En este sentido es sintomático que los campesinos de Jerez de los Caballeros, en Extremadura, se amotinassen en 1.800 contra los poderosos por haber acumulado éstos las tierras comunales, "al cercar los ejidos". Los campesinos redactan pasquines, hablan de la constitución de Asambleas y de la existencia de representantes suyos en las mismas". En uno de los pasquines llegan a expresarse como sigue: "El pueblo unido todo lo puede y ya nos contamos por miles en consentimiento para esto. Amenazan con escopetas, trabucos, sables, espadas, hachas, palos y piedras". El sufrimiento ancestral y latente incita a la violencia.

La desamortización de Mendizábal pasó desapercibida. Un mínimo reparto de la tierra, incluso de los bienes de propio en Extremadura se tropezaba siempre con dificultades insalvables, provocando que se esfumaran las esperanzas de los desheredados, pues se agudizó el mal del Latifundio y el absentismo de los grandes propietarios.

En la personalidad de los campesinos y jornaleros extremeños confluyen tantos condicionamientos que impregnan sus actitudes, hasta el punto de quedar marcadas en la memoria social colectiva como elementos indelebles y alienantes, acompañando al comportamiento de los estratos de la sociedad extremeña hasta hoy, influyendo en la manera con que los individuos y los grupos manejan la realidad.

Una realidad en la que pesa la incidencia que ha tenido sobre ello las frustraciones continuas, derivadas de la falta de mecanismos de defensa ante los valores impuestos por el sistema social. A falta de una reacción violenta y definitiva para su solución, el hombre extremeño ha madurado en la templanza y en el sufrimiento. "Los hombres de Extremadura están curados de espanto" - dice un autor anónimo- "ni la daga del dolor pone alarido en sus labios al desgarrar sus fibras en la desgracia. Dejan resbalar por él los avatares de la suerte, sin traslucir sino un gesto resignado ante la muerte y una leve sonrisa ante el estruendo de la vida victoriosa".

Es una realidad física y social donde los grupos viven y trabajan juntos como sociedad predestinada de antemano a aceptar el sistema social vigente, donde se indican las pautas ideales de la integración con las que hay que organizar las actividades y el comportamiento.

A Extremadura a lo largo del siglo XIX y XX le siguió correspondiendo un papel dependiente dentro del modelo económico, agrícola e industrial de España. Así, al contrario de lo que ha sucedido en otras regiones y nacionalidades, Extremadura es de aquellas que no ha dejado de expulsar ciudadanos hacia otras tierras. El déficit por emigración desde 1900 a 1970 es de setecientas mil personas. En el año 1970, Extremadura tiene un 27% menos de población que en 1960.

Son las cifras que nos hablan de la historia recóndita, la verdadera historia de Extremadura que nos explica sistemas feudales pervivientes en pleno siglo, haciendo que para un casi 50% de extremeños romper las cadenas de tanta injusticia haya supuesto pasar a engrosar la Extremadura de la diáspora, obligados a emigrar por razones de supervivencia. No quisiera dejar de mencionar las frases reiterativas, que han sido literatura corriente, en la prensa, incluso en libros editados en las dos últimas décadas y que a modo de letanía podríamos relatar,

por ser significativas de una manera de ver la región, con una actitud permanentemente pesimista, bloqueada en sus alternativas y posibilidades:

“-Extremadura no existe.- Extremadura dos.- Extremadura, tres, incluyendo la emigración.- Incomunicada.- Tierra de discordias provinciales permanentes.- Extremadura burlada.- Extremadura Saqueada, título de un libro.- Extremadura colonizada. Sin vertebración institucional, eclesiástica, universitaria, política.- Extremadura discriminada.- Extremadura ignorada.- La lógica extremeña, es la lógica del fracaso.- Extremadura siempre pierde.- Extremadura en almoneda.- Extremadura abandonada.- Tierra miserable y pobre.- Las Hurdes de Buñuel.- La tierra, eje esencial de la vida extremeña, sin industria y sin servicios.- Latifundismo, nobleza absentista.- Localismos.- Ordenes militares”.

Asimismo: “- Fatalismo - Determinismo.- Caciquismo.- Apatía.- Región, periférica y fronteriza.- División eclesial contrapuesta: Sevilla y Toledo.- Postración histórica.- Feudalismo.- Marginación de los centros de poder.- Un pueblo resignado.- La tierra donde nacían los Dioses.- Tierra de conquistadores.- Banderías mezquinas y provincianas.- Indiferencia política.- Falta de infraestructura, viaria, sanitaria, educativa y vivienda.- Expolio de nuestras materias primas.- Rivalidad interna destructiva.- El ahorro extremeño para otras regiones.- Influencia del caciquismo en la separación de pueblos, comarcas y provincias.- Extremadura pobre ¿ Quién roba los zapatos a los niños de Extremadura? Era la poesía de Rafael Alberti”.

También: “- Extremadura de centeno, era el canto de Miguel Hernández.- La Modorra de los extremeños, la frase de Unamuno.- Tierra donde aflora fácilmente la violencia: Castilblanco, La Familia de Pascual Duarte, La Guerra Civil en Badajoz, Los Santos Inocentes, Jarrapellejos, El asesinato del perdedor y Puerto Hurraco”, expresión y proyección de la peor imagen de Extremadura.

Al mismo tiempo, que los extremeños nos dedicábamos a la autoflagelación, pasivamente, debemos considerar ciertos fenómenos sociales que inciden negativamente en el proceso de integración.

En los años sesenta y setenta, el emigrante extremeño asume rasgos de identidad de la tierra de acogida que incide directamente en la desvertebración de nuestra propia cultura y de nuestra propia identidad. El emigrante asume los rasgos de identidad de la tierra de acogida y los utiliza como ejemplo, ante sus propios paisanos, (ignorando él mismo que esos rasgos que asume son simplemente elementos que acompañan a su supervivencia) traduciéndolos estos rasgos en clave de modernidad y desarrollo (la mayoría meramente materiales), ejerciendo erróneamente, pero de forma eficaz y con un alto grado de seducción, una

influencia nefasta que sirve para discriminar y minusvalorar los elementos identificativos propios, como elementos constitutivos del propio desarrollo.

No siempre en este sentido, hay que hacer notar que la identidad supone la autoconciencia personal y social de la misma. Quiere esto decir que un antropólogo puede definir la identidad de un grupo humano al analizar objetivamente el conjunto de elementos culturales que la componen, pero ello no implica que los miembros del grupo tengan conciencia de sus peculiaridades culturales unitarias.

Isidoro Moreno, ha escrito también que “en ciertos casos, puede no haber tal autoconciencia durante mucho tiempo, sino, a lo más, un sentimiento más o menos difuso o implícito de pertenecer a una cierta y poco definida colectividad, que tampoco tiene por qué coincidir con el conjunto del grupo social de pertenencia”.

Este déficit de autoconciencia, que como mucho proporcionaba un sentimiento difuso de pertenencia, se detectaba durante los años sesenta y setenta en algunos extremeños emigrantes que, al ser preguntados por su naturaleza de origen, se identificaban antes como pertenecientes a su localidad que a la región extremeña.

Extremadura ha carecido durante mucho tiempo de una autoconciencia clara de su identidad; y ello ha sido así porque no ha habido una clase dirigente que tuviera capacidad o interés en ponerla de manifiesto. En Extremadura, no hubo hasta hace poco nadie suficientemente significativo que hiciera ver al pueblo extremeño que su conjunto unido definía un hecho culturalmente diferenciable.

Quien pudo hacerlo no estaba interesado en ello, pues es cierto que el sentimiento de pertenencia a una cultura común es integrador y por lo tanto cohesionador, pero se controla mejor lo que está dividido.

Esta necesidad de grupos que lideren la sociedad se explica certeramente en el siguiente párrafo en el que vuelvo a seguir al antedicho profesor Moreno: “El paso desde el sentimiento a la conciencia de identidad no se da por la virtualidad misma de los contenidos de los elementos culturales diferenciadores, sino porque dichos elementos son hechos significativos por uno o varios grupos sociales concretos que ponen de manifiesto su significación profunda”.

Todos estaremos de acuerdo en que hasta que Extremadura no ha tenido una capacidad de autogobierno importante, la clase política dirigente no se ha preocupado de crear la autoconciencia de identidad en el pueblo extremeño. En los últimos quince años se ha trabajado mucho por hacer conscientes a los

extremeños de su propia especificidad cultural. Se ha avanzado, pero todos sabemos que queda mucho por hacer.

La profundización en el conocimiento de la cultura extremeña requiere que las instituciones públicas y privadas impulsen e incentiven estudios científicos rigurosos, cuya difusión ponga de manifiesto públicamente que ese sentimiento de comunidad que nos anima tiene una base objetiva en que fundamentarse.

Pues existe otro fenómeno que se da en ciertos grupos sociales de Extremadura que asumen otras identidades de forma activa, y que ejercitan con una actitud de mimetismo social más que cultural, pues nace del rechazo, que supone identificar los elementos que explican las raíces propias con el subdesarrollo y por lo tanto con la falta de status social. Así ocurre con la cultura popular, con la música popular, con los usos y costumbres, con las ceremonias, las fiestas populares e incluso el propio acento idiomático.

Podríamos recordar aquí, cómo sirvió este argumento, paradójico argumento, a discursos y pronunciamientos de eximios nacionalistas como Sabino Arana, padre del nacionalismo vasco, que habló de la fábula del vasco en Madrid, la cual describe la exageración en la utilización de rasgos identificativos foráneos, pero de la misma naturaleza e intensidad que los propios: El paletismo está servido.

Podríamos subrayar un ejemplo sencillo de este fenómeno, que se da especialmente en Extremadura y que tiene que ver con la filosofía o el status del señoritismo (valga por una vez situarlo especialmente de forma tópica en Andalucía) y aún a sabiendas de hacer una simplificación se podría citar como elemento expresivo de dicha filosofía todo el ambiente que rodea a la fiesta andaluza: El flamenco andaluz, las sevillanas, las romerías, ...

Mientras, tenemos que soportar estoicamente las muchas ocasiones en que algunos, de forma superficial, significan maliciosamente la conexión de la música popular con organizaciones del régimen político anterior, pasando por alto la vinculación del folklore andaluz, con el cartel de la España franquista y la España de la charanga y pandereta que denunciara Antonio Machado. Normalmente, son los mismos que callan y otorgan, cuando de una forma ostentosa, por unos u otros agentes se intenta modificar "a la andaluza" muchas de nuestras fiestas y romerías tradicionales.

Se puede decir que este estrato social, compuesto por naturales de Extremadura, llega a identificar todo lo extremeño, en su escala de valores, como propio de la incultura y el subdesarrollo, identificándose hasta la saciedad con el modelo de la burguesía andaluza. Algunos de ellos estarán ejerciendo de

aprendices toda su vida. Lo mismo ocurre, en cuanto al lenguaje, con el acento extremeño.

Una cantinela, mejor bofetada intelectual, que hemos tenido que soportar, en muchos momentos anteriores de nuestra historia y en época reciente y todavía, es un juicio de valor falaz, con falta de rigor y que solo pueden jalear los que anteponen la propia desmembración de la región a una visión unitaria: “Los del norte son castellanos, los del sur andaluces. La ignorancia esta servida, siguiendo la lógica, los del norte de Andalucía son extremeños y los del sur de Castilla-León también son extremeños”.

¿Podríamos imaginar a alguien desde Cataluña decir que Lérida es Aragón y Tarragona Valencia y por ende que Cataluña como región es una entelequia?

Así llegaremos a las dificultades de proyección externa de la realidad de Extremadura. En un encuentro, de periodistas, en Cáceres, en el año 1988, donde participaban profesionales de gran renombre, entre otros, Erquicia, Sotillos, Altares, Onega y moderaba José A. Gabriel y Galán, de feliz memoria, preguntó alguien a los ponentes cual era la opinión que se tenía en Madrid y en el resto de España sobre Extremadura y coincidieron al contestar que ni buena ni mala, ni todo lo contrario. No existía opinión alguna sencillamente. Desde el punto de vista informativo, Extremadura no existía.

Asimismo, en lo educativo, es Adolfo Maillo, al que recordaremos siempre, el que dice: “El personal docente, formado con arreglo a modelos ajenos al mundo rural, no sentía la problemática socio-económica del campo, ni había recibido una formación capaz de hacerle penetrar en los entresijos de las formas y tradiciones del pueblo. Con ello, el abismo entre escuela y entorno socio-cultural era absoluto, salvo excepciones, que siempre marcaban una huella profunda.

Para terminar este repertorio de valoraciones, recurriré a un texto que podría recordar las reflexiones que hacía López Prudencio sobre lo poco transitado que están los caminos de Extremadura, pero que en este caso su autor no es López Prudencio, sino Alfredo Bryce Echenique, tratándose de un magnífico artículo, en *ABC*, sobre Extremadura, en el año 1991 al que titulaba: “Lejana y Sola”

“Ardía el verano de 1966 y yo andaba moderadamente feliz, en Sevilla, cuando se me ocurrió abrir un mapa de España y ahí estaba Extremadura, un poco más arriba y hacia la izquierda. Normalmente, eran mis amigos españoles los que me organizaban los viajes con sus consejos dados en Barcelona o Madrid y gracias a ellos había visitado

ciudades y campos maravillosos y hasta sin japoneses todavía. Pero ninguno de los amigos me había hablado jamás de Badajoz, Cáceres o Mérida, de ninguna ciudad, pueblo o campo extremeños. Pensándolo bien y en 1966, nadie nunca jamás me había hablado en España de Extremadura”.

INTEGRACIÓN CULTURAL DE EXTREMADURA

Planteado el marco de los apartados anteriores, debemos significar la gran importancia que tiene sentar las bases conceptuales de la integración cultural de Extremadura, como sustrato determinante de su desarrollo social, económico, cultural, político y educativo.

Además de favorecer el desarrollo del Título Preliminar de nuestro Estatuto de Autonomía (Artículo 1º) con la defensa de su identidad regional histórica y valores. También el (Artículo 6º) Facilitar la participación de todos los extremeños en la vida política, económica, cultural y social de Extremadura, en un contexto de libertad, justicia y solidaridad entre todos los extremeños. Y conseguir el objetivo de potenciar las peculiaridades del pueblo extremeño y el afianzamiento de la identidad extremeña, a través de la investigación, difusión, conocimiento y desarrollo de los valores históricos y culturales del pueblo extremeño en toda su variedad y riqueza.

Por fin se vería cumplida la sentida aspiración de que los jóvenes generaciones de extremeños tengan acceso, de forma reglada y sistemática, a un conocimiento explícito de aquello que está impregnando cada uno de sus pensamientos y actos, pasados, presentes y futuros: La cultura en la que está inmerso como miembro del pueblo extremeño. Pues esta primera aproximación al concepto de cultura nos indica el hecho, repetidamente comprobado por la psicología social, de que la personalidad de cada individuo concreto depende, no exclusivamente pero si en gran parte, de la cultura de la comunidad social a la que pertenece.

Afortunadamente, en los últimos años, han aparecido una considerable cantidad de elementos positivos a tener en cuenta, en la realidad actual de la sociedad extremeña, con un caudal vertebrador determinante, bien en forma institucional, con la constitución de la Comunidad de Extremadura y su correspondiente poder ejecutivo, la Junta de Extremadura, la Asamblea de Extremadura, el Tribunal Superior de Justicia y últimamente la Constitución del Arzobispado para el territorio eclesiástico extremeño, aunque quede pendiente la integración de pueblos de las Villuercas y de la Siberia-Los Montes y muy especialmente Guadalupe.

Asimismo, se han desarrollado infinidad de proyectos, que han permitido profundizar en el conocimiento de las raíces históricas, antropológicas y culturales de nuestra región, quedando plasmados en una ingente cantidad de publicaciones, donde por una parte se ofrece la posibilidad a cualquier persona de acceder a un "corpus", bastante completo, de información para estudiar todos estos procesos y en un segundo lugar, han permitido rescatar figuras relevantes pero desconocidas. En todos los casos, han dado a conocer la riqueza de contenido de nuestra historia, literatura, ciencia, patrimonio artístico y monumental, antropología.... Casi ha supuesto la sistematización de gran parte del saber de y sobre Extremadura.

En el contexto político-institucional, los extremeños, a través de diversas iniciativas y convocatorias, a título de ejemplo, la Semana de Extremadura en la Escuela, y muy especialmente el Día de Extremadura, desde su institución, con la celebración y asistencia masiva de ciudadanos a Guadalupe y Trujillo, tuvimos la oportunidad histórica de compartir sentimientos solidarios, de unidad, de esperanza y de conseguir que la convocatoria fuese exponente del compromiso de todos con la pertenencia y el progreso de nuestra tierra. Asimismo, nos ayudó a recuperar y exteriorizar nuestra dignidad de pueblo, convirtiendo la celebración de nuestra fiesta regional en una manifestación de extremeñismo.

No obstante, mi reflexión la quisiera situar en un ámbito más concreto, aunque no quiero perder la perspectiva de todo lo anterior, en la necesidad que tenemos los extremeños de consolidar nuestra propia integración cultural. Digamos que todo, a lo que me refería anteriormente, es radicalmente necesario para entender el proceso global histórico y de vertebración actual de Extremadura, pero si no acertamos en conseguir, entre todos, como última derivación de este mismo proceso la integración cultural, en todas sus dimensiones, podemos correr el peligro de hipotecar, en parte, los resultados conseguidos en estos momentos, con tanto esfuerzo y sacrificio por parte de todos, alcanzando esa hipoteca a nuestra realidad presente y futura.

Siempre me he quedado, de entre las numerosas acepciones del término Cultura, con la relacionada con su etimología, la que enlaza cultura con cultivo: "Con el mejoramiento de las facultades físicas, intelectuales y morales de la persona". Es decir, con el ejercicio del talento, la sensibilidad, la reflexión, la solidaridad, pudiendo tener en cuenta también una acepción más entrañable, más antropológica, de un autor extremeño. - A. Bellido - quien explica el término de esta forma: "La cultura de un pueblo es su savia, sus raíces, su alma colectiva, es la riqueza humana, que se fue labrando día a día, año a año, siglo a siglo y fue quedando como un poso fecundo, como huella indicadora de su paso por la historia".

A partir de estas dos concepciones de la cultura y en la medida que cada uno quiera, los extremeños debemos marcarnos los objetivos y pautas de comportamiento, que tienen que estar por encima de cualquier visión segmentada de la realidad extremeña y también de cualquier concepción ideológica, religiosa o partidista, y debo aclarar que este esquema debe afectar a todos los extremeños, al menos a los que voluntariamente se sienten identificados y comprometidos con el devenir histórico y con la realidad presente y futura de nuestra tierra.

Y si comenzamos a desarrollar dicho esquema, una de las primeras pautas a remarcar debe tomar cuerpo no haciendo la mínima concesión a aquellos que sólo y exclusivamente están atentos a plasmar en papel escrito sus actitudes negativas, a partir de cualquier acontecimiento, expresión o visión localista, traduciendo macarrónicamente y de forma desleal lo que primariamente y de forma preestablecida les interesa demostrar, las distintas visiones y divisiones culturales que ellos defienden como irreconciliables entre territorio de nuestra región, sin ningún rigor científico, ni siquiera pragmático, solamente para alimentar su primitivismo localista. Son aquellos mismos que jalean todo lo que suponga desgarramiento, disgregación, insolidaridad y cierran la puerta al aire fresco de la comunicación y a todos aquellos que no sean de su territorio tribal.

Frente a estos, deben aparecer la inmensa mayoría de los extremeños que defienden con actitudes solidarias los rasgos culturales propios y los valores de pertenencia a una comunidad, encontrando en ello el sentido y la propia finalidad de su vida misma, con un reconocimiento de la cultura extremeña como una de las bases más importantes para lograr la propia integración económica y por tanto el propio desarrollo social de nuestra región.

A la hora de trascender una concepción integrada culturalmente de Extremadura al ámbito de la sociología, filosofía, historia, antropología, de la psicología social, se necesita el concurso de la Universidad, del mundo intelectual, del mundo docente en general, para irradiar socialmente las distintas pautas que deben conducir a la definitiva integración cultural de Extremadura, base indispensable de la cohesión, solidaridad, unidad, equilibrio, adaptación, armonía social, integración nacional e integración europea, entendidos todos estos conceptos, no solo como elementos estáticos de nuestra propia cultura, sino también como factores dinámicos que nos deben motivar a la lealtad con nosotros mismos, a la fraternidad, a la defensa de los intereses generales, la igualdad de oportunidades y la libertad de todos.

Pues es la cultura la que define a los pueblos y determina su realidad, haciendo de cada uno de ellos un ente colectivo único e irrepetible. Extremadura existe como entidad diferenciada en tanto en cuanto podemos hablar de la cultura

extremeña como distinta de otras culturas. La cultura es entonces el factor integrador determinante que permite conocer Extremadura como unidad real que tiene sus propias señas de identidad. Desde este punto de vista, creo que no cabe ahora, al cabo de los siglos del devenir de Extremadura, preguntar, como hemos podido ver hace poco en un medio de comunicación, si existe una cultura extremeña.

La cultura extremeña existe desde el momento en que se constituyó la sociedad extremeña. Esta idea de simultaneidad, que no de identificación, ya la recogía por ejemplo, Fichter cuando afirma que "el origen de la cultura como un todo es simultáneo con el origen de la sociedad"; para continuar diciendo que "la cultura es necesariamente concomitante con la sociedad y ha existido dondequiera que los seres humanos han llevado vida de grupo". Y los extremeños llevan viviendo como grupo social, como sociedad, reconocida por sí misma y reconocida por otras sociedades, desde hace ya algunos siglos.

Pues no debemos olvidar que la cultura es la que pone en acción a la sociedad y por contra la falta de integración cultural siembra la desconfianza en toda la sociedad y al mismo tiempo se disgrega en facciones incoordinadas y hasta enemigas. Desde el punto de vista teórico, se plantea un problema de a veces difícil solución cuando tratamos de marcar los límites de una determinada cultura, asunto cada vez más problemático en un panorama que sigue un rápido proceso de mundialización, a través de los medios de comunicación. Las comunicaciones, desde cualquier óptica rápidas y potentes, hacen posible vislumbrar un horizonte marcado por la universalización cultural. No obstante, en este mundo interdependiente, cuajado de interinfluencias, cada día más tendente a la uniformización y a la homogeneidad, cada nación, cada región, cada pueblo, trata de conservar y aún potenciar sus peculiaridades diferenciadoras.

España es cada vez más europea, lo que no obsta para que, al mismo tiempo que impulsamos la europeización de muchas de nuestras instituciones sociales, tratemos de preservar la españolidad de otras. Vista así, la cultura es un concepto relativo ¿Se puede hablar de cultura española fuera del referente de la cultura europea? Creo que no, desde luego. ¿Se podría decir que la cultura francesa y la cultura española son totalmente distintas e independientes? Claro que no, pues sabido es que compartimos muchos elementos comunes.

Lo mismo ocurre si comparamos regiones españolas: encontraremos grandes similitudes, aunque también peculiaridades para distinguirlas. En este asunto ahonda Jose Luis Yuste cuando escribe que "la cultura española no está formada de una sola pieza, sino que es resultado de la conjunción de diversas culturas territoriales". Aclarando inmediatamente que "la cultura española no ha

surgido por simple yuxtaposición de sus culturas regionales internas, sino por integración de las mismas”.

En parecidos términos podemos hablar de la cultura extremeña. Sobre un substrato cultural romano, visigodo y árabe han operado influencias leonesas, castellanas, y portuguesas, y aún americanas, hasta llegar a conformar una cultura extremeña, que tiene sus características propias y que ha integrado rasgos de otras culturas, con las que ha compartido y comparte historia y proyectos de evolución.

Hablar de integración cultural supone la existencia de partes, de diferencias que son objeto de integración. Si la cultura y la sociedad extremeñas fueran totalmente homogéneas no cabría hablar de integración. Pero afortunadamente no es así, lo cual por otro lado posibilita el proceso de evolución. Además la diversidad cuando se integra constituye un elemento de riqueza.

Si no hay integración cultural, la sociedad se sume en la confusión e incluso en el enfrentamiento. Por ello una de las misiones fundamentales de los dirigentes sociales y políticos es conseguir que la sociedad disfrute de un grado suficiente de integración cultural. Es necesario seguir trabajando para superar aquello que, en tantas ocasiones, ha dificultado el desarrollo regional, como es la falta de unidad y cuyos residuos pueden seguir entorpeciendo las aspiraciones de progreso de todo el pueblo extremeño. Por eso, uno de los valores culturales esenciales que debemos propiciar e integrar es el sentimiento de unidad, frente a las rivalidades primarias, viscerales, trasnochadas y caducas.

La falta de integración cultural comporta la desunión y por tanto la imposibilidad de ofrecer y proyectar una imagen cohesionada, incidiendo en la falta de fuerza comunicativa, al menos en sentido positivo, pues ésta solo se adquiere cuando se corresponde con una imagen globalmente unitaria. Las imágenes disgregadas o fragmentadas solo tienen fuerza comunicativa, pero de carácter negativo.

El sentimiento de pertenencia a una cultura por encima de ideologías creencias o partidos, implica el respeto y la mayor consideración a las instituciones y las personas que encarnan democráticamente a esas instituciones. Un ejemplo sería la diferencia de valoración de la Generalitat catalana y de la Junta de Extremadura, del Presidente catalán y el Presidente extremeño.

La integración cultural debe comportar la superación de la presión sentimental de una historia, permanentemente contempladas desde una especie de orfandad intelectual y desde un cierto complejo de inferioridad, además de sesgada y troceada por la anécdota, invertebrada y poco asumida. Precisamente, en la medida en que hagamos realidad nuestra integración cultural, conseguire-

mos alejar los tópicos y estereotipos intelectuales y populares sobre Extremadura. De la consecución de este objetivo se debe derivar como efecto directo el no admitir por más tiempo la maniquea y subjetiva división de Comunidades históricas y no históricas. La historia no se puede pesar, pero el peso específico de la historia de Extremadura, en su proyección nacional, europea y americana no es menor en ningún aspecto a la significación histórica de cualquier comunidad de las llamadas históricas.

La integración cultural de Extremadura supone el abandono de la "lógica del fracaso", "el discurso de la frustración", "el peso de la noche", el fatalismo, la mentalidad de supervivencia y el desinterés hacia las oportunidades que se presentan e integrar culturalmente los valores positivos de la acción creadora y solidaria, la incardinación en la modernidad, en aquello que la misma ofrece de referencia y potencial emancipador, facilitando la realización personal, la libertad y la convivencia, valores que sirven para blindar nuestra mente contra el fanatismo y la manipulación.

Debemos analizar y escudriñar todos los elementos y valores que han penetrado en nuestra cultura con sentido y proyección negativa y desde la valoración que se debe hacer, actuar radicalmente en lo que debemos cambiar para entresacar y potenciar aquellos valores que permiten el desarrollo y el progreso de Extremadura, el espíritu de empresa y de colaboración, frente al individualismo y la rivalidad.

Asimismo se debe asumir el pasado que es la base de nuestra identidad cultural (no toda la identidad), pero no las imitaciones que él nos impone. No hay que quedarse recreándonos solamente en la tradición, sino apoyarnos en ella para saltar hacia el futuro, pues solo poseyendo una cultura tradicional fuerte podemos ser creadores frente a la modernidad y tomar iniciativas de progreso, en definitiva tener identidad de pasado, presente y futuro.

Se sabe que hay factores que mantienen, favorecen y aumentan el grado de integración. El más importante de todos quizás sea el logro de un consenso lo más generalizado posible en entorno a cuales deben ser los valores que rijan comportamientos de los miembros de la sociedad. Valores como la tolerancia, la democracia, la solidaridad, deben impregnar toda la actividad social.

El pueblo extremeño para cohesionarse en torno a un presente y un futuro que plantea proyectos comunes, que exigen la participación solidaria de todos, necesita saber que pertenece a una cultura común por la que todos compartimos unos elementos culturales que nos dan identidad propia. En palabras de Tomás Calvo Buezas, "la integración cultural se consigue por la participación comunitaria en los distintos elementos que constituyen e integran cada cultura particular:

territorio, lengua, creencias, rituales, fiestas, valores, normas, historia y tradición común, sentimientos y afectos de pertenencia, que hacen sentirnos un “nosotros” diferenciado de un “vosotros”, es decir, un sujeto colectivo que arranca de comunes orígenes, vivencia los mismos problemas y camina hacia un proyecto de futuro comunitario”.

Esta es la única forma de poder conseguir la confianza y seguridad en nosotros mismos, porque como decía BLOCH, uno de los más destacados filósofos alemanes de esta época: “el futuro no puede ser para nosotros sino una utopía concreta; utopía porque es la sociedad a la que aspiramos y que todavía no existe, concreta porque puede existir, si el hombre es capaz de crearla” y nosotros desde los valores que nos otorga nuestra cultura y muy especialmente desde nuestro protagonismo histórico y nuestra dignidad seremos capaces, si nos empeñamos en ello.

Al sabio geólogo, Hernández Pacheco, debemos una definición de Extremadura que para la fecha en la que se hizo, 1931, arroja un buen caudal de luz sobre la naturaleza y esencia de esta región y sobre todo sobre las bases sobre las que edificar todo el edificio de su identidad de futuro.

“Extremadura constituye una unidad geológica, histórica y económica que nos induce a pensar en la conveniencia general de que todo el territorio extremeño, que las dos provincias, la del Tajo y la del Guadiana, procedan atentas a una intensa y eficaz cooperación y coordinación de esfuerzos comunes, especialmente en cuanto atañe a fines culturales y en cuanto se refiere a los intereses económicos de la región, pues en toda ella los intereses son los mismos”.

El valor de esta definición radica principalmente en su reflexión acerca del futuro en la que se insta a los extremeños a esa unidad de esfuerzos que es garantía de futuro. Vienen perfectamente bien las palabras del gran filósofo valenciano D. José Gaos, escritas desde el destierro:

“La verdadera patria de quien sea no es tanto aquella de donde viene como de un pasado hecho, cuanto aquella donde va como un futuro que hacer... Como el verdadero patriota no es el hijo de su patria, o el hombre en lo que ésta le ha hecho, sino el padre de su patria o el hombre en lo que hace por la patria”.

¿Es válido señalar por lo tanto que una seña identificativa de Extremadura estriba precisamente en su lucha por conquistar el futuro? No sólo es válido sino que tal vez esa seña de identidad debiera ser la raíz, la espina dorsal y el sentido de toda acción, de toda empresa y de todo proyecto hecho o ideado en Extremadura.

Al futuro apela el extremeño a la hora de trazar su horizonte de vida, al futuro apela el extremeño a la hora de desterrar tópicos y al futuro se debe apelar cuando seamos conscientes de que sólo en la educación, en nuestras escuelas y en nuestra universidad, sólo con inversión cultural en nuestros pueblos y con el objetivo puesto en enseñarnos los extremeños a ser extremeños (conocer historia y cultura, respetar nuestro Patrimonio, acceder a las obras de nuestros autores, introducir en la escuela contenidos que enseñen cómo se forjó nuestra cultura etc.) esta región tendrá un lugar y una voz entre los pueblos de España y el mundo.

Existe una cita del profesor Barrientos que nos ofrece una perspectiva positiva y optimista de Extremadura, que es como aliento de aire fresco, que rompe cualquier tópico manido sobre nuestra realidad:

“Actualmente, en lugar de ser considerada una zona miserable por su carencia de instalaciones fabriles e industriales, aparece como un núcleo ecológico privilegiado, con mejor calidad de vida que otras áreas de más alto PIB: el incremento que ya se está produciendo de medio ambiente, de limpieza del aire, de relax psicológico, de espacio y naturaleza... colocan a Extremadura en un lugar privilegiado de oferta. La joya son sus poblaciones arbóreas, pues tal vez Extremadura posea el reducto más importante de cuantos nos quedan en el mundo de bosque mediterráneo (no olvidar que muchos visitantes, antes de visitarnos, nos calificaban como semidesierto), Extremadura es hoy un espacio más conocido y apetecido, no sólo por los extremeños, sino por una sociedad crecientemente terciarizada que se plantea el ocio como uno de los retos de futuro más desafiantes”.

Futuro que nuevamente es definido, aunque con datos actuales por otro estudioso de la realidad extremeña, el sociólogo Artemio Baigorri:

“Frente a un campesino de escaso nivel técnico (típicamente definido como conformista y atrasado) desinformado, como tal vez fueron sus antecesores, los agricultores extremeños han comenzado a desarrollar las conservas exóticas del Valle del Jerte, las nuevas formas de producción de sofisticados quesos, los exitosos vinos de Tierra de Barros, la agricultura biológica, la selección de razas de ganado, etc., ...”

“Extremadura está creciendo desde hace años más aceleradamente que la mayoría de regiones españolas; los informáticos que salen de Cáceres o Mérida superan proporcionalmente a los que se forman en otras Comunidades, la población ha roto su ritmo decreciente y existe un alza notable de la demografía, el territorio conserva calidades ecológicas únicas en Europa, con el bosque, la

flora, la fauna, que la constituyen en valiosísima reserva continental, apta para ofrecer calidad de vida ya impensable en otras latitudes, su Universidad continúa creciendo, tanto en nuevas especialidades como en número de estudiantes, a la vez que se multiplican por las poblaciones medias los centros de segunda enseñanza, bibliotecas y casa de cultura”.

Es Rodríguez Núñez, Director del Diario *HOY*, quien hace esta reflexión entorno a la identidad de futuro de nuestra región:

“Creo que los próximos años van a ser cruciales en el futuro de esta tierra. La frontera del 2000 puede ser la divisoria de dos épocas radicalmente distintas en la historia de Extremadura. Las condiciones políticas, económicas y sociales no se dieron nunca antes. Pero es ahora cuando se están poniendo las bases para la historia del siglo XXI”.

Fue el Presidente de la Junta de Extremadura, en el Club Siglo XXI, quien expresaba así, en el año 1983, toda la esperanza de un futuro distinto para Extremadura:

“Extremadura ha cruzado la raya entre el momento del último latido del tiempo que se muere. Nuestras reglas de juego certifican que es otra Extremadura la que espera más allá. Ha llegado el momento de que España tome en serio nuestra historia, completamente en serio, sobre todo, teniendo en cuenta que es su propia historia y que nuestros problemas son sus problemas y que por encima de fronteras y almanaques, contra viento y marea de presagios, frente a augurios sombríos de dureza, de austeridad, de crisis y desconcierto hemos pasado a ese espacio irreal pero cierto de un tiempo nuevo”.

Y Bryce Echenique volvió a Extremadura acompañado de Caballero Bonald, de José Antonio Gabriel y Galán, de Oswaldo Soriano y de José Donoso, cuando ya había escrito el párrafo final de su artículo en *ABC*: “Y anda, cantalé a Gardel, porque los extremeños, en vez de quejarse, en vez de andar diciendo por ahí que los han olvidado, son como el tango ese: “No habrá penas ni olvidos”. Han sido capaces de organizarse y organizar todo. Y todo bien pensado, porque los extremeños no van a parar ya ni en el 92 del siglo próximo”.